

Índice

PIECECITOS DE NIÑO	11
LIMOSNA	13
LAS SANDALIAS ROJAS	14
LA LECTURA	17
LO QUE EL VIENTO SE LLEVÓ	20
LA CALLE VARAS	22
LAS PLAYAS	26
VUELOS	32
EL MAMELUCO AMARILLO	34
ANCESTROS	42
PENSIONADO DE SEÑORITAS	54
SERGIO BORIS	64
UNIVERSIDAD	66
POMAIÉ	72
DESARRAIGO	76
LOS MISILES	79
LA CENA	82
TRABAJO VOLUNTARIO	84
E.T.	88
EL PINTOR	91
EL RUISEÑOR	96
ACCIDENTE	102
BIENVENIDA	104
HINDÚ	110
EL CULANTRILLO	112
PACTO	116
MANUSCRITOS DE LA AUTORA	119



0.9 siglo

Relatos de Vida

BETTY FISCHMAN LOHAUS
0.9 SIGLO / RELATOS DE VIDA

Textos e ilustraciones
Betty Fischman Lohaus

Fotografías
Archivo familiar

Prólogo
Miguel Lawner

Diseño y producción editorial
Roberto de la Fuente / Memorabilia Editores
Paula Gutiérrez Fischman y Christian Godard
Baobab Ediciones
Digitalización Ana Lucía López

Imprenta Feyser

Primera edición 40 ejemplares.

ISBN ... 978-956-404-096-7!

Santiago de Chile, 10 de mayo de 2021, año de la pandemia.



BETTY FISCHMAN LOHAUS

0.9 siglo

Prólogo

Miguel Lawner

La aldea

A sus 89 años, Betty Fischman ha escrito este Cuaderno incluyendo 26 relatos. En esta reciente incursión literaria, se recorren episodios entretenidos o dolorosos de su vida, también dramáticos, sin un orden cronológico.

Betty nació en Puerto Montt el año 1931, cuando la población de la ciudad ascendía a escasos 20.000 habitantes. Recordemos que hoy día es una metrópoli que suma unas 250.000 almas. Su padre Simón, fue un inmigrante judío nacido en Ucrania, que huyó de su país en 1913, acosado por los constantes asaltos de sus aldeas, practicados por los temibles cosacos del zar. Tras su arribo a Chile, trabajó algunos años como vendedor viajero, estableciéndose definitivamente en Puerto Montt, donde casó con Helda Lohaus, ciudadana chilena que echó al mundo seis hijos. Simón abrió un negocio, que fue cambiando de rubro con el tiempo, pero que, según nos cuenta Betty, siempre estaba abarrotado de gente.

Los relatos de la infancia y juventud de Betty en la amable Puerto Montt de esos años son tiernos, alegres, traviesos y felices, disfrutando con esa infinita variedad de mariscos o los deliciosos kuchenés a la hora de once. Compartiendo paseos al canal de Tenglo, a playas cercanas o a la caleta de Angelmó junto con Eliana Ortiz, su mejor amiga, siempre apoyadas por *“el aventón de algún carretonero, varios de los cuales trabajaban para mi padre en el acarreo y descarga de las mercaderías que llegaban por Ferrocarril a su negocio”*.

En esos años, la inseguridad que hoy afecta tan gravemente a nuestras ciudades, era un fenómeno desconocido. Calles y plazas, eran el lugar preferido de encuentros y juegos; territorio para aventuras de los niños y el esparcimiento de los adultos.

Se trata de un mundo que añoramos, quienes crecimos rodeados de la amistad y la solidaridad con nuestros vecinos, antes de la irrupción masiva del automóvil, vehículo antagonico con la calidad de vida en nuestros barrios.

Betty fue una lectora precoz. Leía cuanto libro caía en sus manos o juntaba algunos centavitos para adquirirlos en una librería situada en la Plaza de Armas. Fue alumna distinguida en su Liceo de Niñas. Elegida a menudo para leer poemas de su autoría. Un recuerdo inolvidable de aquella época, fue su profesora de canto. No olvidó jamás una canción referida a la soberbia, que dice así:

*“Fiebre aguda del alma, es la soberbia
que la razón anubla y los ojos venda,
y es cosa rara... y es cosa rara,
que el que más la padece... nunca la palpa”.*

Un episodio muy particular ocurrido durante la infancia, marcó su vida. Jugaba en la calle, cuando apareció ante su vista un par de pies pequeños, desnudos.

“Alcé los ojos. Se trataba de un niño de mi edad, vendiendo castañas cocidas y calientes en un canastito de mimbre [...] Y sí, puedo volver a afirmar con plena seguridad, que ella (esa imagen) selló mi existencia para siempre.”

Estoy de acuerdo, Betty ha tenido una vida marcada por sus ideales políticos y sociales, que se evidenciaron a su paso por la Universidad, también en sus primeros trabajos profesionales, en su temprana opción de acudir al llamado de la Revolución Cubana y también durante los efímeros días de un gobierno progresista en Bolivia, la tierra de su esposo y compañero: el Maco Gutiérrez. Recordemos su abnegada participación en los talleres de la CORMU ¹, durante los apasionantes años del gobierno de Allende.

Varios de sus relatos dan cuenta de esta trayectoria comprometida en busca del bien común, no exenta sin embargo, de algunos tropiezos. Por ejemplo, el machismo, bicho bastante arraigado hasta hace pocos años, incluso en quienes nos jactamos de profesar ideas avanzadas. En el relato titulado La Cena, Betty nos cuenta una comida en su departamento en Cuba, al cual concurrieron varios distinguidos intelectuales invitados por Maco, su marido. Betty y otra amiga se habían esmerado en todos los preparativos y en servir la cena, en medio del calor sofocante de los climas tropicales. El desenlace del relato es sorprendente.

Betty debe haber ingresado a la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile el año 1949, tres años después de nosotros con Anita. Fue una época marcada por dos situaciones muy significativas: la consolidación del nuevo Plan de Estudios, producto de la trascendental Reforma de 1946, y la represión política que se vivía en Chile, a raíz de la llamada Ley de Defensa de la Democracia, promulgada por el Presidente traidor Gabriel González Videla, quién prohibió la existencia del Partido Comunista, reprimió severamente al movimiento sindical, borró de los Registros electorales a 20.000 ciudadanos y exoneró a otros tantos de la administración pública. Un buen grupo de compañeros de estudio, ya habíamos constituido el Círculo de Estudiantes Comunistas, que, entre otras tareas, defendíamos apasionadamente la consolidación de la Reforma del 46, aún en riesgo, por la posición de profesores adversos al cambio y alumnos alineados con ellos.

Betty se integró rápidamente a nosotros. Nos impactaba su serenidad para enfrentar las situaciones difíciles, conservando esa suerte de dulzura que emanaba su presencia.

La represión era muy severa y arriesgábamos el pellejo ejecutando rayados murales nocturnos. También en las manifestaciones callejeras de protesta, como la inolvidable huelga de la chaucha en 1949, emulada en octubre del 2019 por estudiantes que evadieron los torniquetes del Metro. Realizábamos cursos clandestinos de formación básica en la teoría marxista. Editábamos un boletín llamado Nueva Visión y éramos activos participantes a las reuniones de la FECH ².

Fernando Ortiz Letelier, era el encargado de la Dirección de Estudiantes Comunistas de la Jota . Para nosotros, fue un magnífico conductor: paciente y abnegado. Notable orador en las reuniones de la FECH.

Siempre he pensado que la represión de González Videla fue para nosotros una verdadera escuela de formación política. Todos conservamos nuestros ideales a lo largo de los años y muchos fuimos importantes colaboradores durante el gobierno del Presidente Allende. Contrajimos lazos de amistad tan estrechos, que varios terminamos contrayendo matrimonio entre nosotros: Pablo con la Ety, Carlos con Yolanda, Raúl con la Tita, Anitamaria conmigo y por supuesto Betty con el Maco.

Nunca fuimos tontos graves. Nos dábamos gratas horas de diversión, celebrando cumpleaños o la fiesta de los tijerales en la Escuela. Íbamos juntos a la galería del Teatro Municipal para escuchar los conciertos de la Orquesta Sinfónica de Chile o a funciones de cine, disfrutando con películas del neorrealismo italiano, tales como *Ladrón de Bicicleta* o *Roma, Ciudad Abierta*.

Un día que llegamos juntos, como siempre a las reuniones de la FECH, Fernando Ortiz, nos bautizó como *La aldea*, porque a todas partes llegábamos en lote. Tenía una verdadera vocación de maestro, captando nuestros valores y nuestras debilidades, siempre aconsejando con sabiduría.

Fue detenido en 1976, junto con la mayoría de la Dirección clandestina del PC , torturado bárbaramente hasta morir y lanzado como bulto a las profundidades del océano, para hacerlo desaparecer.

Al leer estos relatos de Betty, recién he venido a enterarme que la mejor amiga de su adolescencia fue Eliana, hermana de Fernando Ortiz.

Este acertado apelativo de *La aldea*, retrata con gran justicia la amistad que hemos conservado en nuestras ya largas, creativas y hermosas vidas, ejerciendo a satisfacción el noble oficio del arquitecto, aquí o en lejanas latitudes.

Miguel Lawner, 13 abril 2021

¹ Corporación de Mejoramiento Urbano.

² Federación de Estudiantes de Chile.



Las sandalias rojas

Se iniciaba el verano en el Puerto, estábamos en vacaciones escolares y yo... me había encaprichado con un par de sandalias rojas que lucían como un par de copihues relucientes en la elegante vitrina de una zapatería del centro.

Se verían preciosas con el vestidito de tela de algodón blanco estampado con lunares rojos y azules, que había recibido para Navidad.

Sabía que no era fácil convencer a mi madre.

Éramos seis hermanos, y un par de zapatos extra no entraba en sus cálculos. Lo pensé bien un largo rato y se me ocurrió dirigirme directamente a mi padre que era un pan de Dios... así me evitaba la prohibición de mi madre y podía tener mejores resultados.

Le propuse arreglar las vitrinas de su negocio para la temporada veraniega a cambio del importe de las sandalias. Éxito total. Cerramos trato de inmediato y me puse manos a la obra también de inmediato. Le pedí ayuda a Eliana mi eterna amiga de infancia, de modo que ella como espectadora desde la vereda me señalaba con las manos que si las cosas que exponía debían correrse “más pa'allá o más pa' acá” ... en fin. Mientras tanto yo en el interior de la vitrina desplegab las telas de brin floreado, ubicaba en forma vertical los vestidos confeccionados por mi madre con dichas telas, para sus numerosas clientas de las islas y ordenaba las enaguas y los calzones de pierna larga hasta las rodillas en los colores preferidos por ellas. Por supuesto, también había sitio para las prendas masculinas de chilotes y campesinos, como los zapatos estaquillados, camisas de tocuyo y de vestir, sombreros y otros.

me despedí agradecida de mi amiguita y me dispuse a realizar la operación anhelada.

Era la primera vez que estaba sola frente a una compra tan importante y costosa.

Recuerdo que almorcé, me acicalé y que apretando fuerte mi chauchera partí excitada hacia la zapatería por la calle principal del Puerto.

Dándome ánimos entré muy decidida me dirigí a uno de los vendedores que algo sorprendido pero afable y risueño, partió a buscar el calzado que yo le señalaba en la vitrina, mientras calculaba de una ojeada el tamaño requerido.

Al fin, me las probé.

Caminé por la alfombra frente al espejo, me di media vuelta, las miré por atrás, de nuevo por delante... y quedé muy complacida.

Luego, realicé la operación de pago acercándome a la cajera y abriendo lo mejor que pude la chauchera donde traía los billetes enrollados y estrujados...

En tanto el dependiente envolvía la caja de cartón de los zapatos, que tenía una impresión a color en la tapa con las figuras de los 3 chanchitos y el lobo feroz, en un papel elegante con una amarra firme para asegurarla.

Volví a casa por la Avda. del Malecón paralela a la calle principal con la caja abrazada contra el pecho, radiante, crecida, mientras las olas de ese mar soleado, reventaban contra el muro de contención y salpicaban con una llovizna refrescante y salobre... la caja, la chauchera y mi felicidad.

La lectura

Leer me abrió un mundo mágico y placentero desde pequeña.

No tuve acceso a esos libros bellamente ilustrados que enriquecen la imaginación de la infancia.

Pero sabía que, para el presupuesto familiar comprar libros era un lujo.

En cambio, recuerdo los libros de lectura correspondientes al año que nos tocaba cursar en la escuela con gran cariño y reconocimiento.

Eran compendios culturales que ofrecían poemas seleccionados, trozos de literatura escogida, recuentos históricos, etc.

Muchos de los poemas que aprendí de memoria y que aún retengo en ella provienen de esa fuente.

Recuerdo también que yo juntaba unos centavos para comprar en la librería de la Plaza de Armas del Puerto, unos libros de cuento pequeñitos muy delgados y de color amarillo, con los que pretendía hacer una colección. Y conservo la visual de bellas ilustraciones de hadas, bosques y castillos de algún libro pedido en la Biblioteca del Liceo.

También caían a veces en nuestras manos, ejemplares de la revista “El Peneca”.

Con qué fruición aspirábamos el olor a tinta recién impresa, cuando volvíamos las páginas de “El Peneca” recién traído por el tren desde Santiago a la Estación del Puerto, para disfrutar sus historias e ilustraciones de ensueño.

Pero lo que no puedo olvidar, es el descubrimiento de un libro fabuloso que me permitió leer un anciano talabartero, vecino de la tienda de mi padre.

El permiso no permitía sacar el libro de su local, así es que lo leí en varias sesiones acurrucada detrás de su mostrador. Se trataba nada menos que de “El Maravilloso Viaje de Nils Holgersson a través de Suecia” del premio Nobel, Selma Lagerlöf.

Viví ahí los avatares de las aventuras de Nils, un niño reducido por su mala conducta al tamaño de un duende, viajando a través de Suecia y la Laponia en el lomo de un ganso doméstico que se había unido a una bandada migratoria.

Y después de este episodio sucede “El Milagro”: por una equivocación del práctico de bahía, encalla en el seno del Reloncaví, un barco transoceánico que traía un cargamento de libros en castellano.

Dicho barco se ladea, se humedecen y mojan los libros y los venden así a los comerciantes del Puerto.

Mi padre compró un gran lote.

Siendo verano, pudo secarlos al sol y venderlos... pero antes, mis hermanos y yo podíamos escoger los que más nos “tincaran”.

Así fue como la bendición de la lectura llegó a raudales a nuestra adolescencia, gracias a libros rescatados de un naufragio.

Títulos como “Hambre” del Nobel Knut Hamsun y “La isla de los pingüinos” del nobel Anatole France, se contaban entre los primeros leídos y luego... todos los demás. Unidas a estas memorias, está la de que con Eliana mi gran amiga de infancia, buscando un lugar tranquilo donde leer sin interrupciones... subíamos por una flaca escalera al tejado de su casa a través de la alta claraboya que iluminaba el final de un pasillo.

Llevábamos además de los libros, choapinos, chupallas y quitasoles para procurarnos comodidades mínimas y protegernos del sol quemante.



El acceso era algo arriesgado, pero en ese entonces éramos verdaderas gimnastas.

A ratos se oía la voz de alguna mamá llamándonos... para endilgarnos alguna tarea doméstica, pero era tanto el bienestar en aquellas alturas con ese cielo luminoso y más allá del concierto de los tejados rojos de zinc o de tejuelas de alerce, con ese mar de un azul profundo rizado por la espuma blanca de las olas... que ciertamente resultaba algo así como un pecado, contestar...

Seguíamos en la lectura calladas, con las gaviotas planeando sobre nuestras cabezas... hasta que el aroma de los panecillos recién salidos del horno para el té de la tarde, que se colaba con insistencia por la claraboya... nos convencía por fin, de bajar del cielo.



Lo que el viento se llevó

El liceo de Niñas era una hermosa casona ubicada en una loma bastante alejada del centro del puerto.

Y en el trayecto desde nuestra casa hasta allá sucedían cosas imprevistas, de las que recuerdo algunas.

Por ejemplo: Sucedió varias veces que en días invernales llegáramos al colegio luchando con los elementos y apenas entrábamos, nos mandaban de vuelta para la casa, bajo el mismo diluvio y los mismos vientos inclementes... mojadas como tiuques... decían que para resguardarnos. Se decía en broma que en Puerto Montt solo había dos estaciones: Invierno y la del Ferrocarril.

Pero en esta ocasión quiero contar un incidente que ocurrió cierta vez que me dirigía al Liceo acompañada de mi amiga de infancia y mi hermana mayor.

Llovía. Íbamos cada una con su paraguas muy divertidas, porque soplaban el viento Norte con mucha fuerza y en cada bocacalle nos daba vuelta el paraguas y nos empujaba hacia el Malecón, lo que nos provocaba mucha risa. Al aproximarnos a una bocacalle más amplia y abierta que las otras, aparece un muchacho delgado, de ademanes tímidos, avergonzado... y me entrega una carta sellada que apenas alcanzo a sostener entre las manos, cuando un juego de manotazos de mi hermana y mi amiga me la arrebatan de tal modo que la carta se escapa, se eleva empujada por el viento y empieza a volar hacia la costanera... y continúa su vuelo sobre el mar... con mis dos acompañantes corriendo detrás... yo paralizada en la esquina y el galán rojo y espantado desapareciendo de escena. Era el hijo de un marino mercante que vivía junto a nuestra casa. Pero nunca más lo vi. Quizás esta fue una romántica historia de amor, frustrada antes de nacer o simplemente fue: "Lo que el viento se llevó".

La Calle Varas

Según recuerdo, en Puerto Montt existían dos calles principales que transcurrían a una cuadra de distancia entre sí y paralelas a la orilla del mar.

La más importante era la calle Antonio Varas que comenzaba en las cercanías de la bella estructura de hierro de la Estación del Ferrocarril, pasando frente a la Plaza de Armas con sus árboles centenarios y su quiosco “Art Nouveau” y también frente al amplio muelle peatonal de madera con sus cómodos asientos laterales, para continuar luego por las diferentes zonas comerciales...

Después de un viraje y tomando otro nombre terminaba prácticamente en la zona de Angelmó, no sin transitar antes por la población de la Marina Mercante y su molo de atraque de los barcos que anclaban en el Puerto.

Angelmó era el lugar de llegada de las embarcaciones del Archipiélago de Chiloé, especialmente de sus lanchas a vela que traían en su seno los productos que se vendían en el Puerto. Entre éstos se contaban los sacos de carbón, de papas coraila, de manzanas limón, nalcas, chupones, choritos, picorocos, tacas y navajuelas frescas sin olvidar las sartas de cholgas, piures y navajuelas ahumadas.

Muchos de estos productos se comerciaban utilizando el llamado “almud chilote” un cajoncito hueco de madera separado por una división interior que procuraba el espacio de 1 almud o decalitro por un lado y medio almud, por el otro. Para frutos más pequeños como mur-tas, grosellas, moras o zarzaparrillas, se usaban jarritos de distinto tamaño. La tienda de mis padres y la casa que quedaba en la acera de enfrente, estaban ubicadas en una de las zonas comerciales de la calle Varas, después de los negocios elegantes más cercanos a la Plaza de Armas.



BETTY 1946

Evoco esta calle como una de las cosas entretenidas de mi infancia. Todos se conocían, saludaban, conversaban. Allí se podía encontrar desde cueros curtidos de ovejas, implementos de talabartería, monturas para caballos, herramientas de labrar y carpinterear, esencias y remedios de boticario, sastrerías, vinerías, en fin... hasta almacenes de víveres que vendían productos a granel... desde respetables cantidades hasta cartuchitos del costo de unas chauchas.

Me alegra dejar constancia de que la tienda de mis padres era una de las más visitadas por los isleños y campesinos aledaños al Puerto.

Siempre estaba abarrotada de clientes y mi padre “Don Simón” era un personaje reconocido y valorado por ellos. Presencié varias veces cómo alguna de sus clientas, se metía la mano en el seno para sacar un pañuelo anudado que contenía billetes y monedas ahorradas durante meses y diría hasta años, para pagar una deuda atrasada.

En una de las vitrinas de esta tienda tipo “Almacén de Campo”, la clientela podía encontrar objetos de compra

y venta, yo diría que: desde herramientas hasta una carabina antigua o quizás rebuscando, hasta la lámpara de Aladino...

Y por otro lado, prendas de vestir y de trabajo para hombres y mujeres como zapatos estaquillados, ternos, camisas, sombreros, ropa interior, chalones de lana, etc. etc.

Pero sobre todo, los abrigos de paño para el invierno y las batas de manga larga de brin estampado para el verano que mi madre cortaba y hacía coser en un pequeño taller de costura habilitado en la trastienda.

Aún veo a mi buena madre con una gran tijera, apoyándose con todo el cuerpo en una de sus hojas para sumar fuerzas y poder cortar el alto de telas en las que extendía sus moldes de vestidos o abrigos.

Con los recortes de las telas de algodón diseñaba bolsillos, cuellos y puños, combinando entre sí los distintos floreados. Me atrevo a decir que ella vistió a casi todas las señoras de las islas y los campos cercanos.

Se probaban los vestidos y allí mismo haciendo pinzas y costuras de arreglo, lograba que se fueran contentas con la prenda “a medida”. Agrego que para clientes más humildes había un “stock” de ternos de segunda mano que se arreglaban en el tallercito de atrás, revisando cuellos y dejándolos de “muy buen ver”.

Creo también que no está demás explicar aquí, que los zapatos estaquillados eran preferidos por los trabajadores aunque eran más toscos y duros que los zapatos cosidos porque el hilo de éstos se maceraba y podría en los charcos de agua de mar, lluvia y barro que frecuentaban sus usuarios y obvio el calzado con estaquillas de madera duraba mucho más.

Con el tiempo, el negocio fue cambiando de rubro hasta terminar vendiendo muebles, colchones y cocinas a leña. ¿Como olvidar las cocinas a leña si el deshollinador se

aparecía temporalmente por las casas para limpiar las altas chimeneas con sus largas escobas, su cara tiznada de hollín y en medio de ella su nariz un poquito colorada?... Cuando terminaba el ajetreo comercial tipo seis y media horas de la tarde, lejos ya las lentas carretas tiradas por bueyes, los raudos carretones tirados por caballos al trote y los camiones de mercaderías mientras cerraban los negocios, entonces, la calle Varas se transformaba en una apacible pista de juegos para los niños del vecindario.

Juegos, que fueron variando mientras crecíamos.

Al final, nos apasionaba el juego llamado “Las Naciones” en que los jugadores tiraban una pelota con todas las fuerzas de su ser a algún jugador del bando contrario para lograr que se le cayera al cogerla o no se atreviera a tomarla... es decir... ¡a matar!

También los patines de cuatro ruedas sujetos con correas, fueron de nuestra preferencia.

La calle nos brindó la posibilidad de programar hasta carreras competitivas.

Y nunca faltaba un vigía que avisara en un grito: ¡viene un góndolaaa!... aunque a decir verdad, el tránsito de vehículos era más que reducido.

Luego caía la noche y en el verano si había luna, la calle Varas se transformaba esta vez en un paseo familiar.

Los comerciantes dejaban encendidas la luz de sus vitri-
nas. Así mirando y comentando llegábamos hasta la Plaza de Armas y luego doblábamos inevitablemente hacia el muelle. El piso de este muelle con sus gruesos tablon-
es de madera discretamente separados, nos permitía perci-
bir el movimiento del agua bajo nuestros pies.

Era una sensación especial... Como de caminar sobre el mar o como de entrar en él.

Y siendo noche clara, resultaba un paseo inolvidable.

Gracias calle Varas. Bendita calle de infancia y recuerdos.



Vuelos

De niña, soñé repetidas veces que volaba.

Primero no podía. Quería volar y no podía. Me concentraba. Agitaba los brazos... y nada.

Entonces subía a los cobertizos del patio familiar, entre ellos al gallinero y desde allí superando el temor, agitaba los brazos lanzándome al vacío... ¡y lo lograba!... ¡podía volar!

Primero lento, no lejos del suelo. Luego, sin agitar los brazos atravesaba túneles y me elevaba o descendía a voluntad por encima de personas, casas, bosques o campos. Más tarde ya crecida, en los propios sueños, yo tenía la certeza de que podía volar.

Hacía un pequeño movimiento ascendente desde la punta de los pies, el cuerpo recto y comenzaba a despegarme del suelo sin esfuerzo, sintiéndome poseedora de un inmenso privilegio.

En uno de estos sueños, reposando en la cama matrimonial, sentí que ésta sin perder su forma inicial comenzaba a moverse y a elevarse tal cual, transformada de pronto en una nave que nos transportaba en ese viaje de destino ignoto de la vida. Estaba navegando en el espacio cósmico, sin preguntas ni respuestas, pero en un estado de absoluta confianza, entrega y plenitud.

Tiempo después, reconocí una imagen similar en una película basada en “La casa de los Espíritus” la novela de Isabel Allende, solo que esta vez la cama estaba dotada de grandes velas blancas ondeando al viento.

Recién entonces entendí que estas experiencias oníricas de vuelo, eran un regalo de la vida en algún instante necesario de su misterioso acontecer.



ОДЕССА - Портъ



Puerto de Odessa, Ucrania, alrededor de 1900

Ancestros

Sentí la necesidad de hablar de mis ancestros.

Lo poco que sé.

Porque en verdad, conocí a uno solo de ellos y no mucho, porque era viajera y andaba de casa en casa de sus hijos. Me refiero exactamente a mi abuela materna llamada Luisa Oyarzún Cárcamo.

Luisa era descendiente del adelantado Juan de Oyarzún, Oiatzun originalmente, un vasco que llegó a Chile junto con Alonso de Ercilla y Zúñiga, el insigne escritor de “La Araucana”. A dicho adelantado le fue otorgada como encomienda, la provincia de Chiloé cuya capital fue más tarde Puerto Montt.

Se comentaba entre los descendientes un juicio que duró largos años, continuado por Indalicio Téllez Cárcamo un primo hermano de Luisa, para recuperar las tierras de la provincia de Chiloé... pero como entre las condiciones para la recuperación, estaba el pago de “las mejoras”, es decir las ciudades, los puertos, conexiones, etc., el juicio terminó en nada. El primo hermano de mi abuela, Indalicio, al que sus subordinados llamaban calladamente “Indioleso”, era un militar instructor educado en Alemania que llegó a ser Comandante en Jefe del Ejército de Chile. Luisa nació en la isla de Huar, cerquita de Chiloé y Puerto Montt. La recuerdo enfundada en su eterno chal chilote a cuadros blancos y negros. Era bajita lo que la inducía a estar siempre subida en zapatos de taco alto y era evangélica lo que la llevaba a usar siempre la Biblia en la mano que a veces levantaba y agitaba para decirme: “¡Mundana, hija de Satanás!” ... Era su juego. Callaba cuando la amenazaba con acusarla a mi papá. También me prometía venir a tirarme las patas cuando se muriera... y ¿qué creen?... ¡Cumplió!

Sergio Boris

Hoy, necesito abrir la caja de Pandora con los recuerdos de mi hermano Sergio Boris, al que siempre tuve resguardado en un sitio muy especial de mis vivencias.

Fuimos 6 hermanos. De todos, él fue mi hermano-amigo. El de las confidencias.

Me complacía apreciar su rostro varonil de nariz aquilina. Y sus bellos ojos grises, reflejando una inteligencia sensible y generosa.

Me aventajaba en tres años, pero algo me decía que era frágil y que era necesario protegerlo.

Creo en verdad, que muchos de los sucesos de nuestra vida están sellados por los oficios inesperados de la buena o mala suerte... y que esta última, se proyectó en repetidas ocasiones en la vida de mi hermano. Aquí solo quiero narrar el último episodio que me relaciona con su existencia. Estaba yo durmiendo plácidamente una siesta reponedora en medio de la vorágine de las tareas de Arquitectura de la Universidad. De pronto, tuve un sueño muy nítido: estábamos con mis compañeros de equipo



resolviendo un proyecto de arquitectura en torno a una mesa de trabajo.

Observados desde una vista aérea formábamos un círculo cerrado. Repentinamente se abre de golpe la puerta de acceso a la oficina... y aparece en el hueco oscuro la figura de un hombre despavorido sosteniendo un revólver en la mano. Mira hacia el grupo, hace un gesto de impotencia hacia mí y desaparece. Yo entendí: "es inútil, ella está ocupada con sus compañeros... ella no me puede ayudar..." Despierto bruscamente sentándome en la cama absolutamente urgida y angustiada. Le comunico a mi pareja que debo ir de inmediato a ver a mi hermano Sergio, que tuve un sueño con malos presagios.

El me recuerda que tenemos una reunión... que promete acompañarme al otro día. Fui débil, me dejé torcer la mano. La tarde estaba soleada y tibia. Empezó a disiparse la angustia y pospuse la ida para el otro día.

Para ese otro aciago día, en el que recibo la noticia de que Sergio se había suicidado en la noche con un revólver que le vació el corazón. Solo me queda atesorar las palabras con que se despidió de mí en su carta póstuma: "Tú pobrecita tienes mucho de mí"...

El malecón / Fischman / 13.

La cena

Esto que voy a narrar sucedió una noche en nuestra casa en La Habana, en una cena a la que mi esposo había invitado algunas personalidades amigas, entre las que se contaban: un cineasta boliviano, un poeta peruano, un intelectual cubano y unos o dos arquitectos más.

La preparación del plato principal de la cena estaba a cargo de Mariana, la esposa del poeta, que cocinaba un arroz con pollo espectacular.

Y de todos los otros menesteres me encargaba yo.

El día había sido especialmente caluroso.

Allí, en esos días tropicales del verano no se transpira, se suda a mares y si le agregamos el calor de la cocina pues, ya podéis imaginar.

De lo que se deduce fácilmente, que solo contábamos con algún que otro ventilador.

A la hora convenida todo estuvo listo.

Limpio, ordenado, impecable, incluyendo la casa, nosotros y los niños.

Llegaron los varones invitados. Ambiente agradable.

Comida sabrosa y conversación interesante... ¡qué más pedir!

De la conversación Mariana y yo participamos poco porque estábamos sirviendo... sacando platos y trayendo otros y sentándonos a ratos a comer, pero recuerdo perfectamente que a la hora de los postres, el tema se centraba completamente en la personalidad del Che Guevara.

Cada uno tenía un cuento mejor que el otro... llegaban a disputarse la palabra por contar, decir y admirar las hazañas heroicas del Che.

No me lo esperaba, pero después de mi breve relato se produjo un silencio abismal... ¡nadie dijo nada!

De pronto uno de los comensales se levantó y fue a dejar su platito de postre vacío al lavaplatos.

Luego se paró otro... y otro... y al final todos fueron a dejar su platito de postre vacío al lavaplatos.

Todos, menos uno...

Y aquí yo puedo confirmar en forma absoluta, eso del dicho popular de que “si las miradas fueran puñales”, con las que me dedicó mi digno esposo yo habría muerto allí mismo, al instante, gravemente apuñalada... sin siquiera haber tenido tiempo de lavar los platos...



El culantrillo

Me pidieron que narrara un episodio especial ocurrido cierta vez a mi amiga Ilya Stock.

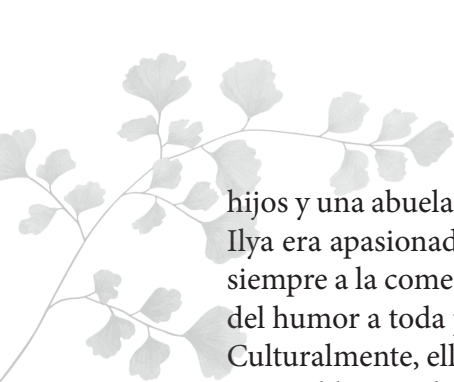
Pero pasa que no puedo contar algo de ella, sin que en mi memoria se agolpen las visiones de su potente personalidad, lo que me obliga primero que nada a presentarla.

Ilya ya partió de este mundo. Era una mujer alta. Bien parecida. La recuerdo en su féretro, bella como una Madonna del Renacimiento. Mirándola llegué a pensar: ¡Ay Ilya, la vida con sus dolores y miserias, te deslucía tanto...!

Era hija de inmigrantes italianos de escasos estudios y recursos, que se establecieron en la calle San Pablo de “Santiago Centro” con un pequeño almacén.

Ella se acordaba que en el reducido baño del local entraban “mujeres de la vida” a inyectarse algo... ya que después encontraba jeringas tiradas en el piso... Y también me confiaba lo de su vivienda de un solo dormitorio.

Las condiciones económicas eran bastante precarias, pero ella se propuso estudiar música clásica eligiendo el violín como su instrumento preferido y solo gracias a su tesón y empeño logró su cometido. Y si mal no recuerdo con el tiempo llegó a ocupar un puesto entre los primeros violines de la Orquesta Sinfónica de Chile, tocando en eventos importantes y en escenarios de lujo, como el del Municipal. Casó con un músico de alta calidad profesional que llegó a ser director de la Filarmónica Nacional... Era también un destacado “luthier” que realizaba delicadas esculturas de terminación en los mangos de “maderas preciosas” de sus instrumentos musicales. Pero por serios excesos de su personalidad, se dió lugar a que todo el peso de la mantención del hogar con tres



hijos y una abuela, recayera en los hombros de mi amiga. Ilya era apasionada y vital, con una intensidad propensa siempre a la comedia o a la tragedia. Pero con un sentido del humor a toda prueba.

Culturalmente, ella “se hizo a sí misma” adquiriendo una respetable mirada crítica sobre las expresiones artísticas. También, yo le otorgaría el título de “Architec without Architecture” porque su casa, una antigua y desgastada residencia colonial de adobe, fue remozada y protegida por ella con una insospechada creatividad.

En poesía amaba el poema “Fuga” de Gabriela Mistral, cuya lectura le recordaba a su querida madre y creo que me anotaba algún poroto, cuando en nuestras conversaciones en mi terracita, ella me pedía que le aclarara algunos pasajes crípticos de la excelente poesía de Enrique Lyhn, de cuyo hermano era amiga. Solo en política acusaba si no me equivoco, cierto enredillo mental... se declaraba “monárquica” ... pero ello no le impedía votar por la izquierda...

En los tiempos más álgidos de su responsabilidad como “jefa de hogar y proveedora”, yo veía que de su violín caían panes, vestidos, libros, clases particulares de idioma, de música... y en cierta ocasión, hasta una Citroneta... y posteriormente, hasta una cabaña de agrado que armó juntando dos casas desarmables de segunda mano compradas al Hogar de Cristo y que emplazó en un terrenito adquirido “por una bicoca” hacía muchos años atrás, en el Cajón del Maipo. Si lo consideraba necesario empeñaba sus ajorcas de oro en casa de “La tía rica”, sacándolas cuando podía... y volviéndolas a empeñar al rato. Después de los ensayos en la Sinfónica no paraba de trabajar tocando en cafetines, bodas, cenas elegantes, etc. Muchas veces volvía sola a pié, con su violín bajo el brazo en la alta noche, exponiéndose a agresiones de cualquier tipo como efectivamente le ocurrió en más de una ocasión.

Una noche por ejemplo, en que esperaba micro en un paradero solitario, paró frente a ella un auto manejado por un señorón ofreciendo llevarla.

Ella muy amable le dijo que no. El señorón insistió... y peor aún se empezó a poner pesado y agresivo. En eso llegó la micro e Ilya se subió en ella.

El tipo entonces empezó a seguir a la micro no sé de qué manera y con qué aspavientos, que el chofer y hasta los escasos pasajeros se dieron cuenta del acoso.

Cuando Ilya se levantó de su asiento para bajar en la calle “Los leones” y caminar por una calle aledaña hasta su casa, el chofer paró la micro y pidió permiso a los pasajeros para salirse de la ruta e ir a dejar a Ilya hasta su propia casa.

Todos estuvieron de acuerdo. El auto siguió a la micro... y paró junto con ésta frente a la puerta del domicilio.

El chofer se bajó junto con mi amiga y se quedó hasta que ella cerró la puerta de acceso por dentro.

Guardo como reliquia un C.D. con sonatas para violín y piano de Brahms, Debussy, C. Frank y Beethoven en el que ella toca el violín y una compañera de la orquesta el piano.

El C.D. está grabado por ellas mismas en condiciones tan primarias que, a ratos en medio del concierto, se oyen los martillazos de una construcción cercana...

¡Ay Ilya! Estabas tan llena de vida que se te salía por los poros. Casi no podías con ello...

¡Y estaba olvidando que además eras “bruja”!

Historias amiga, tienes mil. Pero creo que llegó el momento de abocarme a la que me pidieron.

Te veo saliendo del ensayo de la Sinfónica, airosa, con tus faldas largas agitanadas, confeccionadas por ti misma para ahorrar como de costumbre... y con tu violín bajo el brazo dirigiéndote al Mercado Central. Ibas a comprar un pescado para la comida.

En la orilla de una de las aceras te encuentras con un vendedor de culantrillo que exponía varios almácigos de esta planta. Aclaro aquí que el culantrillo es una variedad de helecho muy delicado y bello, con sus pecíolos negros brillantes y sus hojitas de un verde claro cautivador. ¡Alucinaste! ¡Hacía tanto tiempo que deseabas tener un culantrillo en tu jardín!

Comienza la transacción... Tú solamente tenías un billete grande y el vendedor no tenía vuelto para tanto. Solícito y con muchas ganas de vender te ofrece ir a cambiar el billete en las tiendas cercanas. Tú aceptas y el parte raudo... solo que empieza a demorarse un poquito... a demorarse otro poco... a demorarse bastante... hasta que entendiste que él ya no iba a volver.

¡Adiós billetón, pescado, pasaje de micro... y lo que fuera! No tenías un centavo en el bolsillo. La situación en verdad, era casi trágica...

Se te ocurrió que la única solución era vender algún culantrillo para obtener siquiera el pasaje de la micro.

Creo que lograste vender uno o dos ejemplares, antes de que llegara un carabinero y te pidiera que le mostraras el permiso para estar vendiendo en la calle.

Tuviste intención de contarle al vigilante lo ocurrido, pero lo pensaste bien. Él no te iba a creer mucho, así pues recogiste como pudiste la mercancía que quedaba en el suelo... antes que terminar en una Estación de Policía.

Al menos ya tenías como pagar el pasaje de vuelta a tu casa.

Tal vez penséis que exagero. Pero no. Ninguno de los culantrillos prosperó. Eran ramitas sin raíz, enterradas directamente en la tierra del pequeño macetero.

He oído decir que el culantrillo es un helecho difícil de cultivar. Así pues, amiga mía, espero de todo corazón que en el plano donde estés, con tus artes de jardinera y tu magia, tengas los culantrillos más hermosos del jardín cósmico y la plenitud tan merecida.

Manuscritos de la autora



el malecón.

COPLAS de AUSENCIA.

Alguien
va a faltar ahora
durante largo días.
Mis libros se quedaron solos
esperando
su vuelta.
Y en mi mesa
hay un sitio
que nadie ocupa.

Cuando llega la quietud
a los árboles más altos.
entonces,
conde de la soledad
comienzas a volver
y el día
toma el color
gris mar
de tu mirada.

Viene volando al aire
una paloma
en una armadura de acero
Eso,
eres tú.

B/M. 1954.

DISQUISICIONES.

El norte de Chile
es
una cama,
para un sol
desollador,
con fiebre alta
y tercianas.

El Sur del paitito
es
una gruta
Donde aulla
el viento austral
soplando en tuba de hielo
sobre el mar.

Y el centro de Todo
es
un velero
sobre un valle.
Y como indicando rutas
muchos senderos
y calles.

1990 / B.M.

ANHELO.

Cuando podremos
encima de la tierra
debajo de los árboles
al lado de las olas
con el viento soplando los cabellos
de vientre al sol
mirar el cielo?

Ese cielo azul
cortado en pedacitos
por el oscuro movedizo
de las hojas.

1952 / BPH.

